



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11782

## RECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 15 DE FEBRERO DE 1901

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## QUEJAS

Se quejan los habitantes de los barrios extramuros y no se quejan por capricho sino sobrados de razón.

Sin solución de continuidad vienen sus quejas, y si diariamente no las damos cabida en el periódico, es porque de seguir tal conducta no quedaría espacio para hablar de otra cosa. Pero las faltas no se olvidan; las quejas continúan llegando; y como el darles traslado es de justicia, resulta que periódicamente repetimos estos artículos, en los que puede variar la forma, pero nunca el fondo.

¿Y qué ha de variar si hay que emplear en todos los mismos argumentos?

Los barrios extramuros alegan derechos, pero no los gozan sino en grado mínimo. No exigen que se les reconozcan en la medida que al caso de la población; eso sería lo-ura y aquellos habitantes no han perdido el juicio; pero sí piden que se les otorgue en la medida de lo justo.

Barrio hay cuyas calles semejan profundísimos barrancos, en los que por milagro le la Divina Providencia no se registran diarios accidentes. Y como no hay rasantes, y se ha necesitado escalar en las aceras para ganar nivel, tanto peligro se corre echando por encima del arrollo, con exposición de caer en algún bache, como echando por la orilla donde un escalón traicionero nos puede hacer caer con grave daño.

Y es que si el piso es malo y peligroso es escasa la luz. No exajeramos: la distancia entre dos faroles es mucho más del doble de la que debería ser.

Lo peor de todo es que alumbrado tan incompleto no se enciende todas las noches; las de luna se enciende la mitad; pero como a lo mejor el cielo se viste con el traje

de lluvia y la luna no brilla, los barrios extramuros se quedan a oscuras, y sus habitantes se ven expuestos a caer en la cuneta del camino, en la hondonada de la calle, en el escalón de la acera ó se ven expuestos a quedar atascados en el lodazal de cualquier parte si ha llovido.

El criterio que preside a ese ahorro de luz en noches de luna brillante lo mismo que ésta cuando está nublado. Cuando la luna se pone a las once de la noche, hora en que casi para nada se necesita la luz de los faroles, arden todos; en cambio cuando sale á las diez se encienden la mitad.

¿Por qué esta anomalía? ¿No valiera más que en las noches que hay luna desde que el sol se pone no ardiera ninguno y que ardieran todos cuando la luna sale después del ocaso?

Esto es evitable, pero seguirá no teniendo en cuenta, y así como siguen envueltos en nubes de polvo durante el verano y convertidos en asquerosos lodazales durante el invierno, seguirán con sus calles destruidas y su alumbrado escaso los barrios extramuros, mas por falta de organización de los servicios que por falta de dinero para atenderlos en la medida que se solicita.

## FIJERETAZOS

Los Estados Unidos se deciden por fin á conceder á los cubanos la independencia deseada.

Pero...

Es pero es fenomenal.

No es dan de balde.

Pues entre otras condiciones—todas humillantes—imponen la de quedarse con tres puertos para establecer guarniciones.

Dice un colega que siendo Camprodon el hombre más paolista de España, se ha hecho su entierro en el momento

mismo en que toda la península era presa de la mayor agitación.

¡Qué santo para una hamorada!  
¡Si el muerto viviera!

La prensa de Madrid y de provincias viene llena de manifestaciones más ó menos tumultuosas y algunas un tanto sangrientas.

Aquí se grita; allí se dan de palos; más allá se adjudican mandobles, y aquí se dispara el fusil.

¿En qué parara esto?

¿Y quién pagará los vidrios rotos?

Las autoridades han dejado cesante á un inspector de la frontera, por haber faltado á su obligación.

Vayamos despacio.

La obligación de ese inspector era vigilar.

En la frontera se vigila con preferencia el contrabando, no el de manufacturas, porque eso está á cargo de los carabineros, uno ó otro.

Me escamo.

Es cosa un olor á cartista que no hay quien lo aguante.

## La mortalidad en el ejército DEL AFRICA DEL SUR

El inspector general del Real Cuerpo de Sanidad Militar de Inglaterra, no ha publicado todavía el informe que anualmente hace de las vicisitudes y estado sanitario del ejército inglés; pero la recopilación y estudio de los partes mensuales enviados desde el Sur de Africa por los jefes de Sanidad de los cuerpos de ejército que allí operan, y los remitidos por los directores de los hospitales establecidos en el teatro de la guerra, proporcionan medios para conocer con exactitud casi completa, las pérdidas que á aquel ejército ha sufrido durante la campaña.

En Inglaterra, como en todas partes, la pasión suele quitar el conocimiento, y si no faltaban allí hombres avisados, de aguda penetración y claro entendimiento, capaces de adivinar las negras páginas que la incansable mano del tiempo había de escribir en el misterioso libro del destino, para la inmensa

mayoría de los ingleses, la guerra con la insignificante república Sur Africana, carecería completamente de importancia.

Las brillantes legiones; las aguerridas huestes; los soberbios regimientos; los invencibles soldados; los que acababan de aventar en Ondurman las enseñas del Mahdi, y de enterrar en Fashoda el orgullo de la Francia; los que desde las alturas del monte Calpe gozan extasiados de los encantos del cielo de nuestra patria; los que en Chipre gustan el vino de los dioses, y en Egipto ocupan como su casa propia los palacios de los antiguos Faraones; los que desde Aden guardan la entrada del mar Rojo que conduce á Europa, y desde las elevadas cimas de Himalaya vigilan los caminos de Asia; los dueños de la India y de Ceilán; los amos de los Estrechos en Singapore, de China en Hong Kong, y del Pacífico en Australia, iban á dar un paseo militar, que comenzaría en la City, entre las aclamaciones y los hurras de un gentío inmenso, ébrio de patriotismo y de entusiasmo, y, pasando por el Orange y el Transvaal, terminaría en Pretoria, entre hurras y las aclamaciones que la embriaguez del triunfo y el acto de izar la bandera de S. Jorge en cualquier parte del mundo, despierta en el pecho de todo buen hijo de la Gran Bretaña.

Las cosas han ocurrido, sin embargo, de modo bien distinto de como casi todos se imaginaron. Ni los ríos de oro, ni los mares de sangre, derramados sin tasa ni medida durante dieciocho meses sobre el suelo de la insalvable Africa, han podido apagar el incendio en que el águila del imperialismo británico empieza á quemarse las alas, y aunque la guerra no ha terminado aun, ni es fácil predecir cuándo ni cómo terminará, ofrece en su desarrollo hechos de tan alto relieve y datos de tan grande importancia, que bien merece que fijemos en ella la atención, y que como médicos la estudiemos, por si de su estudio pudiéramos sacar alguna provechosa enseñanza.

Preocupados los acontecimientos por el ultimatum que el Transvaal dirigió á Inglaterra en Octubre del 99, Inglaterra se vió obligada á comenzar las operaciones cuando aun no tenía hechos todos sus preparativos y cuando se hallaban todavía en la metrópoli la mayor

parte de las fuerzas que habían de tomar parte en la campaña. Por lo que al personal médico se refiere, su situación no era tampoco mucho más desahogada y la comisión encargada de comprobar ó uegar las amargas quejas que diariamente enviaban á la madre patria los enfermos y los heridos del Africa, lo ha dicho de una manera terminante y clara. Al romperse las hostilidades, el Real Cuerpo de Sanidad Militar no contaba más que con el personal y el material necesario para dotar dos cuerpos de ejército, ó sea una tercera parte del que se había de necesitar en la campaña.

En sus almacenes no quedaban más medios que los absolutamente indispensables para organizar un hospital permanente y dos hospitales provisionales. Dos generaciones habían pasado sin que se renovase el material de transportes, que por este solo hecho resultaba deficiente, incompleto, anacrónico y pesado. El personal mismo, condenado por la rutina, combatido por el egoísmo y desafiado por la ignorancia, carecía de medios para ampliar sus conocimientos y ejercitar sus facultades. En vano el director general y los oficiales á sus órdenes hicieron presente repetidas veces la necesidad de poner remedio al mal antes de que la tormenta estallara. El sentido práctico de los ingleses, su espíritu de previsión, no se manifestó esta vez, y á ello puede y debe atribuirse una gran parte del triste resultado de la campaña.

Tomando como punto de partida las declaraciones que el subsecretario de la Guerra, Mr. Wyndham, hizo en 8 de febrero de 1900, Inglaterra tenía al comenzar el año, 194.000 hombres en Africa, que llegaron á 210.000 en diciembre del mismo año. Puede, por lo tanto, tomarse un promedio de 200.000, para calcular el tanto por ciento de la mortalidad habida durante el año.

Como ocurre siempre y en todas las campañas, las pérdidas sufridas por los beligerantes hay que dividirlos en dos grupos principales: muertes causadas por enfermedad y muertes producidas por los diferentes hechos de armas. El primero, mucho más numeroso é importante que el segundo, alcanza un total de 7.815, que en una fuerza de 200.000 hombres, da una mortalidad de 39 por 1.000. El segundo, ó sea el de los muertos en acción de guerra y los fallecidos

RENATA MAUPERIN

58

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

52

RENATA MAUPERIN

49

rará; pero jóvenes como Reverchon pueden encontrarse muchos, en tanto que hijas como mi hija...

—Tu hija... tu hija...

—No eres justa con ella, Teresa.

—¡Le hago toda la justicia posible!... Sólo que la veo tal como es, mientras que tú... ¡Tiene defectos muy grandes que tú alientas; caprichos y aturdimientos propios de una criatura de diez años!... Si pensarás que no sufro yo con sus vacilaciones, sus exigencias y multitud de otros absurdos suyos, desde que se trata de darle estado. ¡Y qué modo de tratar á los que le son presentados! Es terrible para semejantes entrevistas... Ya llegan á una docena los pretendientes desahuciados.

A estas frases de su esposa, un rayo de vanidad paternal iluminó el rostro de M. Mauperin.

—Si—dijo sonriendo por el recuerdo—la verdad es que tiene un genio diabólico... ¿Te acuerdas de aquel pobre prefecto... cómo le calificó de «gallo viejo» en cuanto le vió la primera vez?

—Si, muy gracioso... y sobre todo muy conveniente... Crees que semejantes palabras animarán á presentarse á otras personas... Estoy cierta de que nuestra hija tiene por ahí verdadera fama de diabólica... Que siga con ese ingenio y ya verás si vienen

dicho ella? Sepamos. ¿Nada sabes? Porque en vuestros misterios y secretitos, yo soy siempre la última que sabe las cosas... Pero á tí, á tí te lo cuentan todo... ¡Sabes que tengo una verdadera fortuna en no ser celosa!

M. Mauperin, sin contestar, se subió los embozos de la cama.

—Decididamente estás dormido—continuó la esposa con el tono agrio y despechado de la mujer que aguarda la contestación á su ataque.

—Ya te he dicho que no duermo.

—Y nada oyes de lo que te digo... ¡Oh! es muy curioso lo que ocurre con estos hombres inteligentes... La cosa, sin embargo, te toca bastante cerca, pues es asunto tanto tuyo como mío. Otro matrimonio fracasado... un matrimonio que lo reunía todo, fortuna, una familia honrada, todo... Ya conozco bien estos aplazamientos en semejantes asuntos y oreo que podemos llorar por muerto el proyecto. Enrique me ha hablado del particular, aunque el joven no le ha dicho nada, naturalmente, por ser hombre de mundo; pero Enrique está convencido de que aquí se retira... porque esto se lee muy claro en las personas.

—Y si se retira, ¿qué quieres que yo diga ó haga?

—Y M. Mauperin se incorporó en el lecho.—Se reti-

hombre grandes defectos que hacen vivir el corazón de una mujer. Con un tunante todavía podía ella unirse por el aguijón de los celos; un hombre ambicioso y de negocios como tú, le daría ocupación, le produciría fiebre con el pensamiento del porvenir... Pero un señorito como ese á perpetuidad!... Tu hermana sería muy desgraciada y se moriría, porque tu hermana, preciso es decirlo, no es como las demás mujeres, sino una naturaleza elevada, libre, muy charlatana y muy tierna... En el fondo es una melancólica bulliciosa...

—Una melancólica bulliciosa. ¿Y qué es eso?

—Voy á decirte: es...

—¡Enrique, corre!—gritó Davarande desde el embarcadero.—Sube al vagón; aquí tengo tu billete.